



El animal humano. Debate con Jorge Santayana

Edición de Jacobo Muñoz y Francisco José Martín, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, 293 pp.
ISBN 978-84-9742-787-6

En los últimos años se ha sucedido la publicación de obras traducidas al castellano del filósofo George Santayana (1863-1952), así como de estudios sobre su obra, entre los que se inscribe la edición de *El animal humano. Debate con Jorge Santayana*, una colección de ensayos recopilados por Jacobo Muñoz y Francisco José Martín en que colaboran Ignacio Izuzquiza, Ramón del Castillo, Ángel Manuel Faerna, Eugenio Moya, Germán Cano, Antonio Lastra, Manuel Garrido, Jacobo Muñoz, Francisco José Martín, Graziella Fantini, Juan Navarro de San Pío, Daniel Moreno Moreno y José Beltrán, a los que acompaña una bibliografía elaborada por Graziella Fantini. El volumen queda inscrito en la colección ‘Pensar en español’, que dirigen sus editores, autores a su vez de la introducción, que comienza con la pregunta “¿Cuál es el lugar de Santayana?”. La pregunta parece importante porque Santayana habría sido un filósofo que no habría recibido la atención que se merecía en el contexto del pensamiento español (Fantini, Navarro), o de lo que los editores han llamado “pensar en español”, un propósito al que debería contribuir la lectura de los estudios recogidos en *El animal humano*. Ese propósito vendría subrayado por la exhortación que figura tanto en la citada introducción como en la contracubierta del libro,

donde se invita a hacer “sitio” a Santayana “entre nosotros”. La intención del volumen, por tanto, sería abrir o mantener un “debate” con Santayana en el que la primera pregunta se refiere al “lugar” que ocuparía la figura del filósofo. Suponemos que la respuesta debe ir orientada por la sugerencia de que uno de los lugares que podría ocupar Santayana a raíz de este debate fuera el “sitio” que deberíamos hacerle “entre nosotros” (p. 14). La observación nace de la necesidad que habría de ir más allá del “fútil debate sobre su pretendida españolidad”, pero con la mirada puesta en hacer dar un “salto de cualidad a la filosofía española”. (No estará de más recordar que el debate no ha sido fútil cuando se ha planteado el beneficio de tener en cuenta la reflexión de Santayana como un escritor en la encrucijada de dos mundos; véase ‘A Spaniard in New England: Santayana’s In-Betweenness’, de Krzysztof Piotr Skowronski, en *American and European Values*.) Pero los editores tienen razón con la reivindicación de la figura de Santayana como punto de partida para pensar en español, al tener presente que la obra de Santayana estaba escrita en inglés, del mismo modo en que la tendrían si se tratara de cualquier otro filósofo de origen no español, dada la futilidad del debate sobre su “españolidad”. La procedencia de Santayana resulta interesante, por tanto, sólo por el hecho de que fuera un argumento en su pensamiento, un pensamiento que se elaboraría en el exilio del mundo americano y su “tradición gentil”, y que mantendría una deuda fuerte o “maniática” con las fuentes de su educación (Izuzquiza). El pensamiento de Santayana habría valorado la contemplación como lugar natural de la filosofía antes que la acción (Cano). La fuerte deuda con las fuentes de su educación quedaría saldada con la profesión de una filosofía que corregía o reconciliaba la castidad del escepticismo con la admisión de la fe animal (Faerna). El trasfondo del pensamiento de Santayana no sería la cultura, en consecuencia, sino la naturaleza, por lo que toda expresión simbólica que tratara de emanciparse de ella supondría un desvío egoísta o violación de la vida de la razón. La vehemencia de los “egoísmos impenitentes” debería quedar así corregida por la ironía (Del Castillo). Este pensamiento de la naturaleza es el que permitiría el parangón de Santayana con Leo Strauss, el gran comentarista de Lucrecio en el siglo XX (Lastra). De hecho, hablar de Lucrecio como “poeta filosófico” induciría a pensar en el propio Santayana como filósofo y poeta, y en su filosofía como criterio único de toda su producción escrita, que comprende diversos géneros (Martín). Esta consideración apunta al debate entre filosofía y poesía al que remiten, a su vez, los juicios de la filosofía de Santayana como una “forma de vida” o un “estilo” (pp. 12, 173). Ahora bien, ¿es traducible un “estilo”? ¿Qué valor tendría, si no lo fuera, el caso de Santayana como estímulo para pensar “en español”? Y si lo es, si el estilo es traducible, ¿qué pauta de conducta cabría esperar de un escritor como Santayana? Parece claro que la integridad de la expresión lograda por Santayana, tanto en el original como en las traducciones con las que contamos (Moreno), ofrece un ejemplo que va más allá del sitio que podamos hacer “entre nosotros” a la lectura de sus páginas. Éste podría ser un modo de conservar el sentido de la pregunta por el “lugar” de Santayana, que no sería, en el mejor caso, sino una traslación de la pregunta por el lugar que ha ocupado el filósofo en la sociedad en cualquier época.

Javier Alcoriza